



MAGALLANES

*E*l 1º de noviembre de 1520, Hernando de Magallanes iniciaba la travesía del Estrecho que hoy lleva su nombre y cuyo descubrimiento fue un logro de fundamental importancia para el Imperio español, que había encontrado en el continente descubierto por Colón nuevas e inmensas tierras por poblar y colonizar, pero que era, a la vez y hasta ese entonces, una barrera infranqueable para alcanzar las codiciadas islas de las especias –las Indias– posesiones claves en esa época para un gran auge comercial.

Siete meses antes, el 31 de marzo de ese mismo año, Magallanes había descubierto las costas patagónicas atlánticas, fondeando en el llamado puerto de San Julián, donde desembarcó, tomó posesión de las tierras a nombre del rey de España, erigió un altar para oficiar misa y levantó un patíbulo para ajusticiar amotinados. Como esas tierras quedaron posteriormente incluidas en las extensiones territoriales asignadas por la Corona española a don Pedro de Valdivia y a los Gobernadores de Chile que le sucedieron, de hecho Magallanes había descubierto, en ese lugar y en esa fecha, lo que por varios siglos –hasta 1881– había de ser territorio chileno.

Estos dos descubrimientos –el de Chile y el del Estrecho– marcan el remoto origen de las tierras magallánicas; dadas las duras condiciones de esos parajes, se da la paradoja de que las tierras chilenas primeramente descubiertas fueran las últimas en desarrollar asentamientos estables. Tanto por ello como por su natural aislamiento de los centros

político-administrativos, económicos y culturales nacionales, los poblamientos de esas tierras se van consolidando en muy duras condiciones de vida y con escasa vinculación externa, con lo cual fueron desarrollando una fuerte personalidad regional en la que se destaca un profundo amor por la tierra, un sentido de intensa identidad comarcana y una clara comprensión de la realidad marítima circundante.

* * *

Punta Arenas ha sido el núcleo urbano desde donde se irradia hacia el norte, el este y el sur, toda la energía del sentimiento regional, y en tal función ha desarrollado un notable esfuerzo de dignificación del estilo de vida magallánico, convirtiéndose en un fructífero centro de rescate y proyección de los valores étnicos e históricos de la región.

El espíritu magallánico se ha fortalecido en su aislamiento y ha buscado vinculaciones más receptivas en las inmediaciones patagónicas orientales. Surge así una tendencia local que busca dar forma explícita a esos latentes sentimientos de comunidad austral, impulsando una fusión cultural que, trascendiendo las fronteras, realce la dignidad y pujanza de una población que, a ambos lados del límite, es heredera por igual de esos legendarios colonos que les legaron una impronta pionera, esforzada y progresista, que ha sabido, casi por sí sola, hacer surgir de la nada una sociedad orgullosa de sus logros y celosa de su tradición.

Con todo el mérito que ello implica, es evidente que debemos alertar a la nación chilena, en general, y a la región magallánica, en particular, respecto de las imprevistas derivaciones de tal situación. Cualquier forma de integración entre dos pueblos no puede fundarse sino en el mutuo respeto de las identidades nacionales, y en este caso, una excesiva expansión del sentimiento patagónico debilita indirectamente a lo magallánico y, por ende, a lo nacional, que ve disminuida su gravitación en un área que por tantas razones requiere, hoy más que nunca, una activa, evidente e indisimulada presencia chilena que asuma una posición de firme y constructiva vinculación vecinal, para el beneficio mutuo de ambos países.

* * *

Una reafirmación de la identidad nacional es particularmente necesaria ahora, cuando para muchos es fácil subirse al carro de la euforia integracionista y del pacifismo delirante, frecuentemente aprovechado por ideologías desestabilizadoras hartamente más conocidas, soportadas y

rechazadas a este lado que allende los Andes. No admite dilación, pues, consolidar el basamento cultural de nuestra identidad nacional, hasta convertirla en la sólida fundación que nos permite iniciar sin riesgos ese futuro proceso de integración regional que por tantas razones valederas se vislumbra en el horizonte, pero que requiere –para ser realmente viable en la perspectiva del tiempo– que se lleve a cabo entre países relativamente equilibrados en su potencial integral y cabalmente definidos en su consistencia cultural, salvo que se entienda por integración cualquier tipo de fusión, incluso la absorción.

*Es en este profundo sentido de pertenencia y adhesión a los valores esenciales de la nacionalidad donde descansa la posibilidad más cierta de ser verdaderos partícipes en las decisiones sobre nuestro destino, y no cabe –especialmente en estos momentos de trascendental acomodación internacional, ni mucho menos en el específico ámbito austral que enfrenta un incierto **status** de convivencia– hacer prevalecer particularismos regionales que desdibujan los contornos del genuino perfil nacional.*

Es por eso que hoy debemos fortalecer no sólo la defensa nacional –que da sustento básico a toda aplicación real de cualquier acuerdo– sino también nuestro sentido de nación, imperceptiblemente amenazado por el múltiple juego de un individualismo galopante y un universalismo arrasante, impulsados ambos por muy variados e influyentes sectores ciudadanos de orden político, económico, académico, religioso, artístico o periodístico, enfrentados frecuentemente entre sí en muchos otros aspectos de la problemática social, pero enfáticamente coincidentes en esta postura que es, a fin de cuentas, francamente desnacionalizante.

* * *

En esta perspectiva debemos considerar la situación especial de Magallanes, zona que ha sido la atalaya de Chile sobre su natural proyección marítima austral –apenas graficada en la mente de los chilenos por el Fuerte Bulnes– y que ahora, más que antes, debiera dejar de ser el torreón que otea el horizonte para convertirse en el fuerte núcleo que irradie la voluntad nacional hacia todos los confines, a través de su presencia infatigable, sus ideas penetrantes y sus obras de progreso.

Poco a poco, la nación chilena ha ido tomando conciencia de la crucial importancia de esa zona; ello ha sido facilitado por la significación creciente de sus recursos económicos –principalmente del petróleo– y por la evidencia de su favorable posición en relación con su proyección

hacia los dos más grandes océanos del mundo y hacia el continente helado, todos –cual más cual menos– verdaderos depósitos de valiosos recursos naturales cuya incidencia en la economía mundial futura será de la más alta gravitación.

No obstante, la debida consideración ciudadana por estos territorios magallánicos ha tenido –al igual que en el siglo pasado– un ascenso claramente más acelerado en el ámbito extranacional que en el nacional; por mucho esfuerzo de imaginación que hagamos los chilenos, no podemos aún desatar el fuerte lazo que nos mantiene apretujados, corporal y espiritualmente, en las limitadas extensiones urbanas y rurales de nuestro Chile central. Aún más, psicológicamente hemos detectado la fuerte personalidad magallánica y esta sola evidencia ha debilitado los dispersos y esporádicos intentos por comprender que esas tierras –por origen histórico, posición geográfica y vacío poblacional– constituyen el ámbito natural para la expansión de nuestro desarrollo nacional.

En esta línea de hacer presencia nacional en Magallanes, la Armada de Chile lleva una tónica muy antigua y constante, y no hay duda alguna que la mantendrá o reforzará. Tal predicamento queda patente desde sus primeros esfuerzos en torno a la expedición de la “Ancud” para tomar posesión del Estrecho; luego, con los permanentes aportes de esforzados jefes de Marina a cargo de esa lejana Gobernación. Lo mismo ha ocurrido con la presencia ininterrumpida de buques de estación que siempre han sabido refrendar con acciones decididas la vigencia de nuestra soberanía en el área. Ultimamente, con su apoyo irrestricto, ha contribuido a la ampliación de los núcleos de colonización y la vigorización de la presencia política, económica y cultural de chilenos, sea en las costas del Pacífico o en las islas australes, del Beagle al sur.

En la medida que estos esfuerzos asuman a nivel nacional estas características de compromiso ante la historia, será posible retener en todas las cuencas de ese extenso y fragmentado territorio la vigencia de nuestra presencia “magallánica”, gestora de la grandeza regional y detentadora, por amplio margen, de la preeminencia urbana, comercial y cultural de dicho entorno.

Por su parte, corresponde a la región redoblar sus propios esfuerzos en la consolidación de ese espíritu realizador que sabe ir en demanda de su destino, y evitar así cualquier subordinación a presiones contrapuestas a tales altos propósitos. En tal sentido, fácil le será propender a irradiar –con la riqueza de contenido y el señorío en las formas que le ha sido tradicional– toda la fuerza de su genio ancestral y de su bien

logrado estilo de vida, hoy ya más vinculado a los intereses y valores culturales nacionales.

En Magallanes, tales valores deben reafirmarse con renovado vigor frente a un marco vecinal muy inestable, ante el cual cabe evidenciar –junto al más decidido empeño por reencontrar, binacionalmente, fórmulas de próspera y fraternal convivencia– los claros lineamientos que impone el ejercicio de nuestra irrestricta soberanía y el recto proceder que demandan nuestra dignidad e independencia.

* * *

Por sobre el lirismo de manifestaciones emocionales de encendida fraternidad debe elevarse, con prudencia, objetividad y, sobre todo, con gran dignidad, la visión de un pueblo esclarecido que sabe evaluar los factores de todo orden que la búsqueda de un acuerdo chileno-argentino hace brotar por doquier.

En estas circunstancias, es evidente que Magallanes está –respecto de nuestra zona central– más lejos que Salta, Mendoza, Neuquén y Buenos Aires, y muy excéntrico respecto de tales líneas de vinculación y, por tanto, muy expuesto a quedar desplazado de la consideración popular por las impetuosas corrientes de acercamiento trasandino que lleguen a tener cierto impacto sobre nuestras masas urbanas, por su repercusión en los acontecimientos de su diario vivir. No obstante lo anterior, debe entenderse que, además de ser un área vital para la economía nacional y ruta de nuestra irrenunciable presencia en aguas americano-orientales, Magallanes constituye, con la proyección marítima de sus archipiélagos fueguinos, la más ventajosa posición para la gravitante estrategia marítima mundial del siglo que se nos viene encima, la avanzada indisputada de Chile sobre la Antártica americana y la base concreta de nuestro más seguro despegue en el marco político de la realidad internacional.

Así, Magallanes no es sólo la expresión solemne del Primer Padre de la Patria en sus postreras horas de vida, hecha mandato para la posteridad nacional; es una realidad humana y geográfica que debemos reforzar con los mayores bríos, toda vez que en la energía y pujanza regionales está la clave de nuestra presencia y liderazgo en esa zona de creciente relevancia continental y mundial. Chile ha invertido en ella ingentes capitales, ha desarrollado costosas instalaciones materiales y ha radicado una importante población nacional, cuya valiosa capacidad profesional y laboral –en tan difícil entorno– es ampliamente reconocida por todos cuantos viven, concurren o tienen vinculaciones de cualquier

orden con ese ámbito austral. En base a ello podrá seguir proyectándose con acciones eficaces y persistentes de progreso regional, sustentándose para ello –con manifiesta ventaja– en su calidad de poseedor incólume del entorno territorial insular y sus adyacentes mares, factor dominante en el área, y que hoy, como siempre, está a disposición de tantas mentes ágiles y voluntades emprendedoras que ahí tienen la más clara oportunidad para su plena realización.

La predisposición nacional a incentivar tales actividades queda plasmada en la reciente legislación que exime de varias gabelas tributarias los procesos de producción y comercialización llevados a cabo en las áreas insulares al sur del estrecho de Magallanes. Su dictación constituye un acicate adicional para concretar el desarrollo acelerado de esa zona, que cuenta con la típica capacidad regional de hacer realidad meras expectativas.

Al realizar tan encomiables proyecciones, las generaciones actuales harán honor a esos esforzados magallánicos que, desde hace más de un siglo –junto a sus congéneres nortinos y sureños– incorporaron ese espíritu pionero a la idiosincrasia nacional, reforzándolo hoy con decisión y haciéndolo valer con prestancia frente a cualquier pueblo de la Tierra, próximo o lejano.

